

Ouda: relato de una mujer refugiada en Canarias



Fotografías © Laura Martínez Valero / Women's Link Worldwide

Testimonio facilitado por la Comisión Española de Ayuda al Refugiado (CEAR)

La primera razón de mi decisión de dejar mi país, mi tierra, mi lugar fue el miedo, el miedo a morir o incluso a ser herida o quedar discapacitada en el mejor de los casos. Todos los días, incluso en los días en que las cosas parecían relativamente tranquilas, había una gran oportunidad de morir a causa de un misil, un cohete, una granada propulsada por cohete, RBJ, coche bomba, un suicida o balas donde tú no sabes cómo y cuándo. Así fue como yo perdí a muchos amigos y amigas, alumnos, familiares. vez, no hizo nada. Incluso padecí una enfermedad llamada "cinturón de fuego" debido a la presión psicológica y el calor del cuerpo.

La primera razón de mi decisión de dejar mi país, mi tierra, mi lugar fue el miedo, el miedo a morir o incluso a ser herida o quedar discapacitada en el mejor de los casos. Todos los días, incluso en los días en que las cosas parecían relativamente tranquilas, había una gran oportunidad de morir a causa de un misil, un cohete, una granada propulsada por cohete, RBJ, coche bomba, un suicida o balas donde tú no sabes cómo y cuándo. Así fue como yo perdí a muchos amigos y amigas, alumnos, familiares.

No sabes de dónde o a dónde va a golpear y lo malo que va a suceder. Sin mencionar la posibilidad de un combate en medio de cada lugar o calle entre los diferentes grupos militares en la ciudad, incluso por razones personales o por cualquier asunto trivial.

La segunda, fue la presión psicológica, moral y física. Cada vez que necesitaba tomar un transporte público, solía comprobar si hay alguien con una mochila o una bolsa dejada en algún lugar bajo los asientos o incluso estudiar

las caras de la gente ante la sospecha de algún indicio o miedo. Sin embargo, yo vivía en un sótano, por más seguridad, donde he sobrevivido dos veces cuando cayeron dos misiles en nuestro edificio, justo en la planta primera, encima de mí.

Siempre estaba atenta a dónde se producían los sonidos de combates y dónde las balas caían con el fin de elegir un camino a seguir hacia la escuela en la que enseñaba, si los estudiantes vendrían hoy o no podrían, basándose en mi desnudo sentido a veces y tomando riesgos.

La tercera razón, la comida, el agua y la luz, las medicinas, la higiene y los altos precios. Era muy difícil el sufrimiento diario, de cada minuto, para pensar cómo voy a hacer para la gestión de gas o lo que sea para cocinar, aun teniendo la suerte de poder pagar el triple del precio que pagaría un hombre. Los días pasaban y yo y los cientos de personas que vivían en los edificios que sobrevivieron en la ciudad vivíamos con la esperanza de disponer de agua para tomar un



baño, aunque lo peor sucedía en invierno cuando las personas enfermaban y tenían frío. La medicina, si la hubo alguna vez, no hizo nada. Incluso padecí una enfermedad llamada “cinturón de fuego” debido a la presión psicológica y el calor del cuerpo.

Mi familia directa vivía en un lugar montañoso lejos de la persecución, pero yo seguía viviendo en el mismo lugar donde estudiaba y trabajaba y tenía amigos e independencia. Yo enseñaba en la universidad, en las escuelas, en la supervisión administrativa y también daba clases particulares. Recuerdo una vez que no nos atrevimos a salir de las casas durante tres meses, sólo esperando noticias de la radio para saber lo que estaba pasando afuera. Yo personalmente solía correr muchos riesgos porque rechazaba el tipo de vida que me vino impuesta, parte de mí porque quería dar fuerza a los más jóvenes y otra parte porque nunca pude comprenderlo o aceptarlo. Un montón de días pasaba lo mismo y el peligro estaba justo en cada esquina y en cualquier momento. De camino al trabajo y de vuelta de él he visto a muchas personas muriendo y muchas familias devastadas. Siempre tuve la suerte de llegar a casa tres o cuatro minutos antes de que se produjera una explosión en la carretera que solía tomar. La tensión y la incertidumbre de que algo podía caer directamente sobre mí y mis alumnos, un montón de situaciones que hemos pasado, la menor de ellas es que el vidrio de las ventanas explotara en millones de piezas debido al fuerte sonido de un avión militar.

La idea de salir de mi país comenzó unos meses antes y al principio no quise dejar a mi madre y a mi familia sin saber qué podría suceder en los próximos meses o años. Pensé que, si teníamos que morir, moriríamos juntos. Sin embargo, después de tanto sufrimiento por cientos de días, estaba a punto de perder mi cordura y decidí correr. Tomé todo el dinero que pude con la ayuda de un amigo y comencé a preparar los documentos solicitados a la embajada española en Beirut. El proceso de todo esto fue tan difícil. Conseguir los papeles legales y firmados incluso desde Damasco, donde el camino hacia allí era un pedazo de infierno: cruzar puntos de control, áreas militares, combates inminentes, las fronteras con Líbano, y decenas de cosas que hice para obtener una negativa al final en la embajada española.

Lo intenté de nuevo, repetir el dolor, pero lo hice con la esperanza de familiares para que esta vez España aprobara para sacarme. Y lo hicieron por fin. No me importaba a dónde iba, sólo quería acabar con esa pesadilla porque ya no podía manejarla. La esperanza de vivir y tal vez morir por una causa normal fue algo que acepté, pero no sufrir más y morir mil veces antes de que realmente dejara de respirar o tal vez ser atrapada y violada.



Mi destino estaba en una isla o un grupo de islas tal vez, no sabía exactamente dónde y qué me iba a encontrar. Tenía un visado legal en mis manos y no sentía nada todavía. Estaba vacilante y feliz al mismo tiempo sabiendo que no tenía que nadar desde Turquía a Grecia. El hermano de mi novio lo hizo y no pudo hablar del terror del viaje hasta seis horas más tarde. Un amigo mío de origen kurdo dijo que casi perdió a sus hijos en el mar. Un montón de historias que no quería experimentar. Me las arreglé para comprar el billete y partí hacia Canarias. Por nada especial en este lugar, pero lo suficiente para mí fuera y lejos de la guerra que viví, sin saber si alguna vez va a terminar.

El viaje fue muy largo. Pasé por cuatro aeropuertos hasta llegar a Gran Canaria donde mis parientes me esperaban. Ellos fueron los que me saludaron e hicieron lo posible para salvarme. Ahora me encuentro aprendiendo el idioma con los profesores de CEAR y en la Escuela Oficial de Idiomas y trabajando a tiempo parcial. Bien integrada en la sociedad, teniendo amigos y acostumbrándome a sentirme normal otra vez después de 15 meses desde mi llegada.